

**ANÁLISIS**  
JUNIO

**CONSERVADORES, LIBERALES Y  
LIBERTARIOS**

2025

2022-2025 ha visto la multiplicación de las colectividades políticas que se reivindican de derecha. Mientras los partidos de centro-derecha y derecha clásica (UDI, RN y EVOPOLI) favorecen su acercamiento en una coalición política (Chile Vamos), este esfuerzo centrípeto no logra impedir las tendencias centrífugas que, a su derecha, han generado tres nuevas colectividades (Partido Republicano, Partido Socialcristiano y Partido Nacional Libertario).

Esta es una dinámica propiamente política, determinada por el sistema electoral. Vale la pena recordar que la distinción entre izquierdas y derechas se originó en la división de los diputados de la Asamblea Nacional francesa de 1789, cuando hubo que resolver si el rey podría vetar una ley aprobada por la mayoría del parlamento.

En la votación, los diputados de la nobleza, el clero y algunos burgueses se situaron a la derecha del presidente de la Asamblea, mientras que otros miembros del clero y de la aristocracia, y la mayoría burguesa se situó a la izquierda.

Más allá de estas dinámicas performativas, es relevante abordar la cuestión de las ideas que se encuentran detrás de las distintas identidades. Lo primero que llama la atención es que la multiplicidad partidaria no tiene un correlato ideológico.

Como recuerda Robert Nisbet, “los grandes sociólogos del siglo... fueron arrastrados por la corriente de las tres grandes ideologías del siglo XIX y comienzos del XX: el liberalismo, el radicalismo[1] y el conservadurismo”[2].

Otras obras abundan en este sentido; el conservadurismo, el liberalismo y el progresismo social-marxista son las tres ideologías predominantes de los dos últimos siglos en Occidente[3].

[1] La expresión “radicalismo” debe entenderse en su acepción politológica inglesa como “progresismo”.

[2] Nisbet Robert (2009): La formación del pensamiento sociológico, Buenos Aires, Amorrortu editores, 2º edición, p. 25.

[3] Nisbet, Robert (1995): Conservadurismo, Madrid, Alianza Editorial, pp. 7-8.



Es necesario recordar que una ideología es un conjunto, razonablemente coherente, de ideas morales, económicas, sociales y culturales, que guardan una relación consistente y bien conocida con la política y el poder; una base intelectual que hace posible la victoria de ese conjunto de ideas.

Una ideología, en contraste con una mera configuración pasajera de opinión, permanece viva durante un considerable periodo de tiempo, tiene defensores y portavoces y un grado de institucionalización.

Una ideología se asocia tanto a prácticas políticas, como a fenómenos intelectuales -libros, artículos y conferencias-.

En primera instancia podemos inclinarnos por la primera esfera (campañas, elecciones, gobiernos y discursos políticos), más que por la segunda.

A la larga ello es ilusorio, incluso engañoso.

Desde ese punto de vista, la derecha chilena aparece constituida por formaciones cuyo ideario combina conservadurismo y liberalismo en diversas proporciones.

Desde una Evopoli, cuya matriz es predominantemente liberal hasta un republicanismo, o un socialcristianismo, marcadamente conservadores, pasando por una Renovación Nacional o una Unión Demócrata Independiente que articulan grupos conservadores y liberales, con matices nacionalistas.

En este contexto, se plantea la relevante cuestión de la relación entre el fenómeno libertario y el conservadurismo y el liberalismo predominantes.



## Liberales, conservadores

El sello distintivo del liberalismo -heredero del Humanismo y de la Revolución Industrial- es su devoción por el individuo, particularmente sus derechos políticos, civiles y, crecientemente, sociales.

La autonomía individual es para el liberal lo que la tradición para el conservador, y el uso del poder para el progresista.

El liberalismo evolucionó desde los liberales de Manchester, que buscaron emancipar la economía de las trabas medievales, a los liberales franceses cuyo objetivo era afirmar una esfera de pensamiento autonomizada del clericalismo, y a los liberales alemanes y austríacos que afirmaron la sociedad civil y la economía libre frente a las exigencias de los socialismos nacionales e internacionales.

Más allá de estas variaciones, imputables a los diferentes contextos históricos, los liberales aceptan la estructura fundamental de un estado y una economía de mercado (no creen que la revolución sea una base social indispensable, aunque pueden apoyarla en circunstancias excepcionales), y tienen la convicción que el progreso reside en emancipar la mente y el espíritu humano de los vínculos religiosos y tradicionales que los unían al viejo orden.

Los liberales del siglo XIX conservaron la fe de la Ilustración en la naturaleza autosuficiente de la individualidad, liberada de las cadenas de las instituciones corruptoras.

Aunque existieron pensadores -como Tocqueville, John Stuart Mill y Lord Acton -que valoraron las instituciones, en la medida que estas entidades robustecieran la individualidad, las principales reflexiones liberales afirman la noción del individuo aislado, automotivado y autoestabilizado.

La piedra de toque es la libertad individual, no la autoridad social; en este sentido, las instituciones y las tradiciones resultan secundarias: en el mejor de los casos, aparecen como sombras del individuo; en el peor, como obstáculos a su autoafirmación.



En cuanto al conservadorismo, la cuestión es más compleja debido tanto a su naturaleza como a la ausencia de estudios integrales sobre su desarrollo.

En su forma filosófica, el conservadorismo moderno es hijo de la Revolución Industrial y de la Revolución Francesa. Todo lo que fue atacado por ambos procesos históricos fue defendido por pensadores como Burke, Haller y Coleridge, y todo aquello que ambas revoluciones buscaron crear -democracia popular, secularismo, idolatría tecnológica- ha sido criticado por el conservadurismo.

Ello, ha llevado a algunos autores a sostener que, si el ethos central del liberalismo es la emancipación individual, el del conservadurismo es la tradición, esencialmente la tradición medieval. De esa defensa de la tradición provendría su insistencia en los valores de la comunidad, el parentesco, la jerarquía, la autoridad y la religión, y también sus premoniciones de un caos social coronado por el poder absoluto si los individuos son arrancados de los contextos de estos valores.

Sin embargo, tradición no significa tradicionalismo. El tradicionalismo es una nostalgia estructurada; el conservadurismo no lo es, pues está anclado en el presente y una de sus ideas centrales es perpetuar lo mejor de la tradición a través de las necesarias reformas.

El conservadurismo concede una importancia esencial a la historia, pero no a un pasado idealizado contado a la manera de una historia sagrada; en este sentido, la relación con la tradición separa al conservadurismo del tradicionalismo.

Para los tradicionalistas, la tradición está congelada: se detiene, se fija en tal o cual momento de la Historia; para los conservadores, la tradición está viva: es una manera de vivir el presente, que contribuye a enriquecer la tradición en constante formación.



Asimismo, existe otra diferencia conceptual; el tradicionalismo es una acumulación de usos y costumbres, pero no es una ideología, como el conservadurismo, que implica distancia y reflexión crítica.

El conservadurismo es un tradicionalismo actualizado, criticado y considerado como un elemento de filosofía política.

En este sentido, la ideología conservadora supera los parámetros históricos y geográficos de la cultura anglosajona.

El conservadurismo abreva en fuentes tan diversas como el republicanismo romano -particularmente Cicerón y su insistencia en la propiedad privada- la escuela de Salamanca, el conservadurismo francés -Chateaubriand[1] Bonald, Renan, Le Play, Guizot, Burckhardt, Freund, de Jouvenel-, los nuevos conservadores -Oakeshott, MacIntyre, Voegelin, Ropke, Nisbet, Solzhenitsyn-, pasando por el importante tronco de pensadores chilenos como Abdón Cifuentes, Mariano Egaña, Nicolás Palacios, Francisco Antonio Encina, Carlos Keller, Alberto Edwards, Luis Galdames, Tancredo Pinochet, Alejandro Venegas, Sergio Onofre Jarpa o Jaime Guzmán.

[1] La palabra “conservador” y la ideología conservadora aparecieron primero en Francia.

“El Conservador”, fue el periódico político y cultural creado entre 1818 y 1820 por Chateaubriand, bajo la enseña “El Rey, la Constitución y el Pueblo honesto”, que combinaba el liberalismo, el tradicionalismo y el conservadurismo nacientes.

Por comparación, la palabra conservador tendrá sentido en Gran Bretaña sólo hacia la década de 1830, y el Partido Conservador británico aparecerá en 1834.

Desde esta perspectiva, el conservadurismo, al igual que el liberalismo, hace del ser humano el eje central de su reflexión. Sin embargo, a diferencia de los filósofos de la Ilustración -y de los liberales- los conservadores parten de la realidad absoluta del orden institucional, tal como éste existe: el orden legado por la historia.



El orden 'natural', revelado por la razón pura, sobre cuya base los philosophes habían atacado a la sociedad tradicional carece, para los conservadores, de toda realidad.

Frente a él, el conservadurismo defiende al ser humano anclado en un orden configurado por la historia y por la evolución.

Ello, justifica que, a comienzos del siglo XIX los conservadores constituyeran una fuerza contraria a la Ilustración, posición que fue superada desde fines del mismo siglo.

El Preámbulo de la Constitución de los Estados Unidos de América[1] permite entender la diferente aproximación de liberales y conservadores al ser humano, objeto de la preocupación común.

Donde los liberales aprecian una convergencia de individuos en torno a una convención, los conservadores enfatizan una realidad previa, expresada en el 'Nosotros', una realidad de seres humanos ya ligados por sentimientos anteriores.

Esta obsesión por el individuo -in abstractum o considerado en su realidad- hace del liberalismo y del conservadurismo ideologías cercanas; además, en el caso chileno el pacífico desarrollo del proceso de separación entre la Iglesia y el Estado, ha permitido superar las divergencias entre conservadores y liberales y favorecer su encuentro en partidos que combinan el liberalismo y el conservadurismo; como he indicado, liberales-conservadores y conservadores liberales articulan las estructuras de centro-derecha y de derecha.

[1] "Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos, con el fin de formar una Unión más perfecta, establecer la justicia, garantizar la tranquilidad nacional, atender a la defensa común, fomentar el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros mismos y para nuestra posteridad, por la presente promulgamos y establecemos esta Constitución para los Estados Unidos de América".



Todo ello, diferencia a estas ideologías y estructuras partidarias de los progresismos.

En efecto, los progresismos -cuyos orígenes son similares a los del liberalismo- se inspiran en perspectivas muy diferentes. Su objeto no es el ser humano sino la colectividad; su elemento distintivo es el sentido de las posibilidades de redención que ofrece el poder político: su conquista, su purificación y su uso ilimitado (hasta incluir el terrorismo), en pro de la rehabilitación del hombre y las instituciones.

Junto al poder existe una fe sin límites en la razón para crear un nuevo orden social.

Antes del siglo XVIII, las rebeliones contra el orden social surgían en un marco religioso. Los cátaros, los husitas, los anabaptistas y otros grupos alzados contra la autoridad constituida perseguían objetivos religiosos.

Aunque las condiciones sociales y económicas contribuían a desencadenar estas revueltas y sus manifiestos contenían referencias a la pobreza y al sufrimiento, estas, sin embargo, eran expresadas en términos religiosos, incluyendo un llamado a la pureza perdida, o la esperanza de una segunda venida de Cristo.

Frente a ellas, la línea principal de los progresismos desde el siglo XIX es secular. La idea de la rebelión colectiva pasó a quienes veían la esperanza de la humanidad en la fuerza política de la sociedad. El 'milénarismo'[1] perdió su contenido cristiano. Lo que nos muestran los progresismos del siglo XIX (con el jacobinismo y el Comité de Salvación Pública como modelos) y del siglo XX (comunismo, fascismo, nazismo) son doctrinas revolucionarias milénaristas nacida de la fe en el poder absoluto; no el poder por sí mismo, sino el poder al servicio de la liberación racionalista del hombre de las tiranías y desigualdades que lo acosaron durante milenios, incluyendo las de la religión.





De allí, la facilidad para que las ideologías progresistas social-marxistas puedan derivar en los totalitarismos[1]. Stéphane Courtois[2] definió el totalitarismo a partir de cuatro monopolios:

1. El primero es el de un partido político que se apodera de todas las prerrogativas del Estado (los ámbitos políticos, administrativos, orden público y la fuerza, y administración de justicia). Con un líder carismático, el partido-Estado se arroga el monopolio del poder<sup>[3]</sup>.

2. El segundo se refiere a la ideología revolucionaria.

Un régimen totalitario es esencialmente revolucionario, lo que lo distingue de uno autoritario. Un régimen autoritario puede ser tan criminal como uno totalitario, pero no es revolucionario.

Hacia el interior, este monopolio supone un control ideológico sobre los ámbitos de la creación (filosofía, arte, literatura, educación hasta matemáticas y física) y medios de comunicación (prensa, radio y TV, espectáculos).

Frente al mundo, la ideología revolucionaria impulsa un activismo en política exterior.

[1] La palabra "totalitarismo" fue creada por el periodista Giovanni Amendola, para describir la forma como Mussolini logró hacerse con la mayoría del parlamento italiano, pese a que el partido fascista era minoritario.

[2] Courtois Stéphane (2017): Lénine, l'inventeur du totalitarisme, Paris, Éditions Perrin, ISBN-10: 2262065373.

[3] Lenin, Stalin, Mao, Pol Pot, Hitler, Mussolini, Fidel Castro, Hugo Chávez, etc.



3. El tercer monopolio, específico al comunismo, se refiere a la propiedad, en la medida en que Lenin decidió, desde un primer momento, liquidar la propiedad privada, disponiendo que el partido-Estado se apoderara de las riquezas del país, y de los medios de producción y distribución de bienes materiales.

Ello, dio al partido comunista un poder fenomenal sobre la sociedad, pues la vivienda, los salarios, la calefacción, la comida, quedaron bajo su control, toda vez que la propiedad privada fue abolida, los propietarios perseguidos y la riqueza privada confiscada<sup>[1]</sup>.

4. El último monopolio, que asentó el poder político, es el terror. No se trata de un terror espontáneo; es un terror sistemático y permanente, implementado por el partido-Estado.

Estos elementos se asientan en dos componentes: A.- La ideología totalitaria, propia al siglo XX y que diferencia el terror propio de los totalitarismos de represiones anteriores.

Las ideologías totalitarias tienen pretensiones científicas, lo que da una categoría distinta a la divergencia entre el bien y el mal, y determina el adoctrinamiento revolucionario[2].

B.- Un partido de revolucionarios profesionales.

El partido está formado por fieles, leales a un líder carismático que concentra el poder en el partido-Estado y, a través de él, irradia sobre la sociedad.

El partido revolucionario profesional no se compone de militantes, sino de “fieles”, con lo cual asume una condición cuasi-teológica.

[1] A principios de 1918, Lenin confiscó las 35.000 cajas fuertes particulares en los bancos rusos; con ello arruinó a las clases medias, al igual que Hitler arruinaría posteriormente a los judíos con medidas legislativas de confiscación y prohibición de actividades económicas.

[2] En la Unión Soviética fue el marxismo-leninismo; en el IIIº Reich fue una forma de racismo, cuyo corolario era el antisemitismo; en Italia fue un nacionalismo delirante, fundado en restablecer el Imperio Romano; en Castro o en Chávez fue un marxismo, combinado con nacionalismo, y un sentimiento antiestadounidense.



## Y libertarios

Mientras el liberalismo y el conservadurismo constituyen ideologías, el libertarismo aparece como una filosofía política cuyo campo de investigación aborda las condiciones necesarias para realizar un orden social; en definitiva, se interesa por los requisitos de legitimidad y por los límites en las relaciones entre individuos.

Como teoría de filosofía política, responde a la pregunta sobre qué acciones humanas pueden ser prohibidas y permitidas.

El tema central del libertarismo es la defensa de la libertad individual, entendida como ausencia de agresión y como protección integral de los derechos de propiedad.

La doctrina libertaria adquirió identidad autónoma desde mediados del siglo XX, principalmente en Estados Unidos de América, gracias a autores como Ayn Rand, Murray Rothbard, David Friedman, Robert Nozick o Walter Block.

Sus raíces lejanas se hunden en los escolásticos y sus teorías subjetivistas del valor, los 'niveladores'<sup>[1]</sup> ingleses del siglo XVII, el liberalismo clásico, los juristas de los derechos naturales, los economistas franceses de los siglos XVIII y XIX, el anarquismo individualista estadounidense, la Escuela Austriaca de economía y el conservadurismo estadounidense.

¿Cómo dialoga el libertarismo con las ideologías liberal y conservadora?

[1] Los niveladores (levelers) integraban un partido defensor de los principios republicanos e igualitarios, que se formó en Inglaterra hacia 1647 y que fue aniquilado por Cromwell dos años más tarde.



Diversos trabajos<sup>[1]</sup> han enfatizado la existencia de elementos de convergencia y de disenso entre estas corrientes.

Respecto a lo primero, se han detectado cuatro puntos en común entre el conservadurismo, el libertarismo y el liberalismo clásico.

(1) La primera es un rechazo común al poder, aunque por razones que no son idénticas.

Los conservadores oponen al poder el concepto de la autoridad; la autoridad es el poder legítimo, el mando percibido no como la fuerza bruta, sino como la fuerza en la que se puede confiar, porque tiene un fundamento.

En este sentido, la autoridad tiene tres características que la diferencian radicalmente del poder: es descentralizada, en la sociedad no existe una autoridad única, sino una multiplicidad de autoridades; nace y se perpetúa debido a la adhesión a su representación, la autoridad supone un consenso, y; es transmisible, en la medida que reposa sobre la tradición.

[1] George W. Carey (ed.): Freedom and Virtue: The Conservative/Libertarian Debate, ISI Books, 1984.

A su vez, los libertarios oponen al poder la soberanía del individuo.

Los individuos son soberanos de sí mismos, lo que implica que cada individuo debe poder decidir libremente, sin interferencias externas, qué hacer consigo mismo y con su vida; es decir, controlar su propio cuerpo sin interferencias coercitivas.

El principio de la auto-propiedad traza una línea imaginaria alrededor de cada individuo, creando un espacio dentro del cual posee total libertad de acción e intangibilidad.

La naturaleza humana hace necesario que los individuos sean libres para pensar y aprender sobre sí mismos y sobre el mundo, seleccionar valores, elegir fines y medios. Paralizar este proceso mediante restricciones va en contra de lo que la naturaleza humana necesita para su vida y su bienestar.



Sea cual sea la motivación, el resultado es casi idéntico: una desconfianza total en el poder y sus manifestaciones.

(2) El segundo punto común es la visión de la igualdad.

La igualdad ante la ley (y su deriva en materia de políticas públicas, la igualdad de oportunidades) es favorablemente considerada por conservadores, libertarios y liberales clásicos por igual.

Al mismo tiempo, conservadores, liberales y libertarios condenan otras variantes de la igualdad como la igualdad de resultados, igualdad de condiciones, etc., sea porque constituyen una amenaza a la libertad, sea porque van en contra de las jerarquías necesarias en la búsqueda del bien común.

(3) El tercer punto en común es la creencia en que la libertad económica es esencial para el buen funcionamiento de una sociedad libre, incluso si el alcance de esta libertad económica varía de una escuela a otra: es central para los libertarios, es crucial para los liberales clásicos, y es importante pero enmarcada por el bien común para los conservadores.

(4) Por último, los libertarios, los liberales clásicos y los conservadores están de acuerdo en que la paz es un objetivo esencial permanente.

La guerra no sólo amenaza la gestión pacífica de la búsqueda del bienestar material, sino que, sobre todo, fomenta una expansión del poder que pone en peligro la libertad de las personas y el buen funcionamiento de las comunidades y las instituciones.

Una intervención en el extranjero representa una agresión a tres categorías de personas: los civiles del país atacado; los contribuyentes del Estado agresor, que deberán financiar la guerra con sus impuestos, y los reclutas del mismo Estado agresor[1].

[1] Tangencialmente, ello nos muestra que los “neoconservadores estadounidenses” no constituyen parte de la familia conservadora. Ni histórica, ni filosóficamente se encuentran en nuestro panorama.



Hasta aquí las convergencias; sin embargo, las divergencias están lejos de ser despreciables.

(A) La primera tiene que ver con la forma en que libertarios, liberales y conservadores perciben la sociedad.

En virtud del dogma de la soberanía del individuo, los libertarios colocan al individuo por encima de todo lo demás y se niegan rotundamente a permitir que las estructuras intermedias (excepto en las asociaciones libres) contribuyan al bien común, noción que les es totalmente ajena.

Por el contrario, los conservadores creen que las comunidades son esenciales para el buen funcionamiento de la sociedad, que participan en el logro del bien común y que constituyen una protección insustituible para la libertad individual.

Desde Burke, esta posición ha sido constante entre los conservadores y ha sido reafirmada por una sucesión de conservadores liberales, empezando por Tocqueville.

En lo que se refiere a la concepción de la sociedad, la divergencia entre conservadores y liberales por una parte y libertarios por la otra es relevante.

(B) La segunda divergencia se refiere a la autoridad.

El conservadurismo es la doctrina política de la autoridad. Incluso si la autoridad de los conservadores es esencialmente pluralista y moral, y si la sociedad conservadora puede definirse como “una red de autoridades morales”, existe un conflicto obvio con los puntos de vista libertarios.

Para los libertarios, la existencia de un cuerpo de autoridad fuerte es radicalmente incompatible con la creatividad y la libertad de los individuos.

(C) La tercera divergencia se refiere a la Nación. Los conservadores están a favor de la Nación, que constituye una comunidad probada por la historia, cuya experiencia hasta la fecha es insustituible.



Los liberales critican el nacionalismo, argumentando que es incompatible con los principios liberales de la libertad y la igualdad y que va al encuentro de cierta tradición liberal: la idea de la ciudadanía mundial y la cooperación internacional, esencial para la paz y la prosperidad en un mundo globalizado.

Ello, no se opone a ciertos límites del liberalismo, que dan por sentados ciertos aportes del conservadurismo al sistema de la libertad natural (la autoridad), sin reconocer su importancia conceptual.

De ahí la fragilidad de este liberalismo, una fragilidad que proviene de su negativa a pensar en un impensado: la autoridad, la religión, una moral exógena, la nación o el Estado[1].

Por otra parte, conservadores y liberales aceptan cierto grado de intervención estatal en áreas específicas como la educación, la salud y la seguridad social, siempre que haya eficiencia y justicia.

El Estado debe proteger los derechos individuales y promover la justicia en tanto igualdad ante la ley.

[1] Parte de la crítica que los liberales hacen a la idea de Nación se diluye cuando se considera el carácter polisémico de esta palabra que, por una parte, alude a la doctrina revolucionaria francesa que establecía que, en adelante, no sería el soberano, ni Dios, ni la ley lo que demandaría la lealtad de los ciudadanos, sino la Nación. Ello, estructuró una filosofía política en cuya virtud los movimientos llamaron a los pueblos a las armas inflamándolos en nombre de ideas ficticias de raza y parentesco, oponiendo un idioma contra otro y un modo de vida contra el del pueblo vecino. De esta manera, la idea nacional, como la invocó Sieyès y la conjugó la Alemania nazi, ocupó el espacio que dejaba vacío la religión e impulsó a buscar en ella el propósito último de la existencia.

Al lado de esta construcción intelectual progresista, la idea de la Nación tal como se percibe en la vida cotidiana, alude a un sentimiento distinto. Para la gente corriente, que vive en libre asociación con sus vecinos, la nación significa sencillamente la pertenencia histórica y la lealtad sostenida que les une dentro del cuerpo político. Es la primera persona del plural del asentamiento. Este sentimiento puede inflamarse por la guerra, la agitación civil y la ideología; sin embargo, en su modalidad habitual, es un sentimiento pacífico en sí mismo, que constituye una forma de paz entre vecinos y que, al definir la pertenencia en términos territoriales, permite que en los países europeos y americanos existan las libertades que constituyen los cimientos del orden político.



Los libertarios niegan cualquier relevancia para la nación: no existe y no debe existir frente a individuos soberanos; esta es la posición defendida por David Friedman y Murray Rothbard, por ejemplo. Asimismo, los libertarios se oponen a casi cualquier forma de intervención estatal y creen que la sociedad debe resolver los problemas de educación, salud y seguridad social de manera privada.

Los libertarios ven al Estado como una entidad que utiliza la coerción y la violencia para obtener sus objetivos.

Según esta perspectiva, el Estado es una institución que se basa en la fuerza y la intimidación, en lugar de en la cooperación y el consentimiento voluntario.

Desde esta perspectiva, el Estado y los impuestos son vistos como una amenaza a la libertad individual y la propiedad privada.

Los impuestos aparecen como una forma de coerción, ya que los ciudadanos son obligados a pagarlos bajo amenaza de violencia o prisión.





I.- Hoy la derecha y la centro-derecha viven dos esfuerzos; mientras la primera se unifica, la segunda se diversifica.

Este esfuerzo político no tiene necesariamente un correlato ideológico.

II.- Naturalmente, existe una relación entre la política práctica y la ideología, pero no es una relación firme y no existe nada que asegure que los líderes sean eternamente leales a la ideología, incluso en el partido más disciplinado.

Es posible que situaciones críticas y decisiones tácticas conduzcan a una apostasía y ello puede producirse en nombre de la victoria individual o partidaria.

A fin de cuentas, el partido político tiene un objetivo dominante como es el triunfo y ningún político vive solamente de ideología; todos ellos son, a la vez, más grandes y más pequeños que las ideologías que representan.

III.- En ese contexto, considerar los puntos de encuentro y de discrepancia entre liberales, conservadores y libertarios permite apreciar su verdadera magnitud, particularmente a la luz de la divergencia entre la perspectiva ideológica y la práctica política.

Por ejemplo, las divergencias sobre la sociedad, la autoridad y la Nación no constituyen puntos de enfrentamiento; los libertarios y liberales pueden ser escépticos respecto de la sociedad en general (y de la comunidad nacional en particular) y sobre la autoridad, y los conservadores podrán favorecer estas creaciones, pero es perfectamente posible compatibilizar ambas perspectivas.

Por lo demás, como se ha visto el punto II, la realidad política llevó a que, por ejemplo, el Partido Libertario haya incluido el adjetivo “Nacional” en su denominación.



Por el contrario, las convergencias sobre la desconfianza al poder, la valoración de la libertad económica, la igualdad ante la ley y la paz, constituyen una base sólida que justifica una acción gubernamental cooperativa.

IV.- El carácter menor de estas divergencias y la fuerza de las convergencias deja en claro la extensión de la fosa que se abre entre conservadores, liberales y libertarios, por una parte, y los progresismos social-marxistas, por la otra.

En efecto, al abordar las grandes dadas ideológicas (autoridad y poder; libertad e igualdad; individuo y bien común; historia y tradición; prejuicio y razón; religión y moral y propiedad y vida en sociedad) se puede advertir que conservadores, liberales y libertarios están a un lado y progresistas al otro.

Por ello, luego de instar a reformar el capitalismo y llamar a tener en cuenta los cambios sociales y económicos de su época, en su encíclica Rerum Novarum (1891), León XIII advertía: Para solucionar este mal, los socialistas, atizando el odio de los indigentes contra los ricos, tratan de acabar con la propiedad privada de los bienes, estimando mejor que, en su lugar, todos los bienes sean comunes y administrados por las personas que rigen el municipio o gobiernan la nación.

Creen que con este traslado de los bienes de los particulares a la comunidad, distribuyendo por igual las riquezas y el bienestar entre todos los ciudadanos, se podría curar el mal presente. Pero esta medida es tan inadecuada para resolver la contienda, que incluso llega a perjudicar a las propias clases obreras; y es, además, sumamente injusta, pues ejerce violencia contra los legítimos poseedores, altera la misión de la república y agita fundamentalmente a las naciones[1].

En definitiva, resulta evidente que, pese a lo que cree una parte de la elite de centro-derecha, los adversarios no están al lado; permanecen al frente.

[1] León XIII (1891): CARTA ENCÍCLICA RERUM NOVARUM DEL SUMO PONTÍFICE LEÓN XIII SOBRE LA SITUACIÓN DE LOS OBREROS en [https://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf\\_l-xiii\\_enc\\_15051891\\_rerum-novarum.html](https://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum.html) (Últ. Visit. 11/05/2025) agradezco a Carlos Bonomo la ilustración sobre este punto.

---

## CONTACTO

INSTITUTO LIBERTAD

Galvarino Gallardo 1509,  
Providencia, RM.

+56 2 27201700

[www.institutolibertad.cl](http://www.institutolibertad.cl)

[luisparado@institutolibertad.cl](mailto:luisparado@institutolibertad.cl)

[comunicaciones@institutolibertad.cl](mailto:comunicaciones@institutolibertad.cl)

